

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA
FACULTAD DE COMUNICACIÓN SOCIAL – PERIODISMO

DECANA:

Luz Amalía Camacho Velázquez

COORDINADOR ACADÉMICO:

Víctor Raúl Rodríguez Puerto

EDITORES:

Roberto Palacio

Paola Albao Delgadillo

CONSEJO EDITORIAL:

Luz Amalía Camacho Velázquez

Ricardo Castro Agudelo

Daniel Aguilar

Víctor Raúl Rodríguez Puerto

Roberto Palacio

Paola Albao Delgadillo

DIAGRAMACIÓN, DISEÑO ARTÍSTICO

Y DISEÑO GRÁFICO:

Paola Albao Delgadillo

PORTADA:

Paola Albao Delgadillo

CORRECCIÓN:

Patricia Miranda

IMPRESIÓN:

Xpress Estudio Gráfico y Digital S.A.

Bogotá, Colombia.

ISBN: 978-958-772-937-5

© 2018 Universidad Externado de Colombia

Teléfonos: (571) 3537000, 3420288 y 3419900

Calle 12 No. 1-17 Este. Bogotá, Colombia.

www.uexternado.edu.co/



Editores:
Roberto Palacio
Paola Albao

Universidad
Externado
de Colombia

Luego, un día, empecé a escribir, sin saber que me había encadenado de por vida a un amo noble pero despiadado. Cuando Dios nos ofrece un don, al mismo tiempo nos entrega un látigo, y este sólo tiene por finalidad la autoflagelación.

Pero, naturalmente, yo no lo sabía. Yo escribía historias de aventuras, novelas policiales, escenas cómicas, cuentos que me habían narrado exesclavos y veteranos de la Guerra Civil. Me divertía muchísimo, al principio. Dejé de divertirme cuando descubrí la diferencia entre escribir bien y mal, y luego hice un descubrimiento más alarmante aún: la diferencia entre escribir bien y el verdadero arte. Una diferencia sutil, pero feroz. Después de eso, cayó el látigo.

Truman Capote
Prefacio a *Música para camaleones*

Presentación y agradecimientos

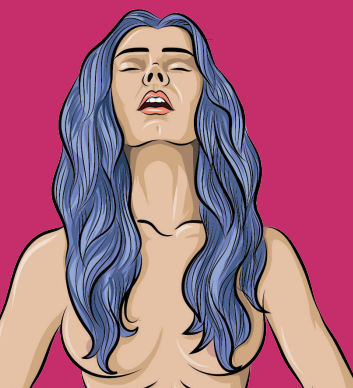
Los textos acá recogidos fueron escritos para los Semilleros de Investigación “No ficción para publicaciones periódicas”, que dirigí, y posteriormente para el curso “Hacer una revista”, dictado en conjunto con Paola Albao, ambos de la Facultad de Comunicación de la Universidad Externado de Colombia, entre el primer semestre de 2015 y el primer semestre de 2017. Son escritos por estudiantes de diversos grupos a lo largo de esos meses; no se retoman sin embargo todos los textos de dichas asignaciones, sino aquellos elegidos bajo criterios de calidad establecidos por un comité editorial de la Facultad conformado por Ricardo Castro Agudelo, Paola Albao y yo, Roberto Palacio.

Una de las dificultades que enfrentó con el tiempo el trabajo de dichos semilleros fue que parecía absurdo seguir produciendo textos para archivar. A pesar de la gran preponderancia de los medios digitales, un escritor no está establecido como tal hasta que no se ensaya en la página física. Incluso los que no compartían dicha creencia conmigo actuaron como si fuera cierta, acelerando la entrega de los textos y corrigiendo una y otra vez. Esto que el lector sostiene en la mano es un logro nacido de la necesidad de encontrar un medio de expresión.

Pero no nació sólo del texto escrito, sino de la voluntad y ayuda del rector de la Universidad Externado de Colombia, Juan Carlos Henao, y su insistencia en apoyar las publicaciones universitarias; de Amalia Camacho, decana de la Facultad de Comunicación; de Ricardo Castro, arriba referido; y de Daniel Aguilar, Víctor Raúl Rodríguez y Wendy Milena Díaz. Agradezco también el apoyo editorial de Nicolás Barrios y Fredy Nieto, acá publicados, y en general el de todos los estudiantes que hicieron este libro posible. Es de ellos.

CAPÍTULO 1

VERBORREAS INCURABLES

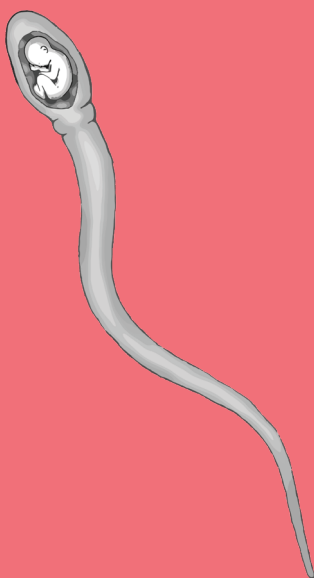


19

- ¡Jueputa, qué rico! 25
- El cíclope de Bytes 31
- Mucho morir, mucho nacer 39
- Introducción al deseo 47
- Deseo... deseo 53
- El sexo está sobrevalorado 57

CAPÍTULO 2

ZONA CRÓNICA

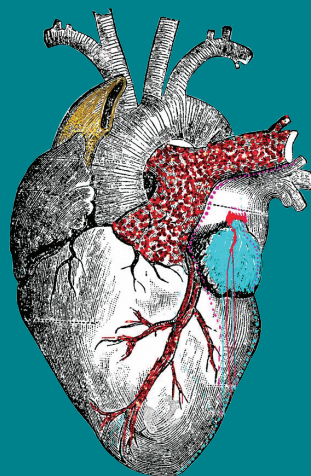


65

- Gonobikerreas 69
- Los barros del oriente 79
- Un asunto de locos 89
- (Sin título) 95

CAPÍTULO 3

MATERIA GRIS



103

- Un cuerpo sin sombra 107
- Escribir 111
- Donde hay fríjoles hay judíos 117
- Elogio de la soledad 123
- Nostalgia a la venta 127

CAPÍTULO 4

“NADERÍAS”



131

El mojón de Higgs 135

Nocaut 143

Misterio

latinoamericano 149

Worst band ever 155

CAPÍTULO 5

HACERSE
UNO CON LA
OSCURIDAD



161

La Mansión Chicó 165

Yonquis modernos 171

CAPÍTULO 6

LA REALIDAD
ES UN
TRAMPOLÍN



177

Irremediable 181

Poemario 187

PRÓLOGO

No podría decir con precisión cuál es la manera en que se lleva a alguien a aprender a escribir. Es un ejercicio tardío en términos evolutivos y, por ello en extremo difícil, sobre el que no penden criterios claros de corrección. Ahora bien, si escribir y hablar son los elementos que nos separan de los animales, no son *hobbies* casuales sino metas de la especie. Este quiasmo de estar atrapados entre la artificialidad de una tarea y nuestra realidad más patente e inmediata, circunscribe sin duda el acto de escribir.

Antón Chéjov formuló una de las primeras dificultades del oficio como una tarea a realizar: “No me digas que la luz brilla sobre un vidrio roto. Muéstrame el destello de la Luna sobre un pedazo de cristal”. La manera en que el cerebro crea las ideas a ser escritas no es la misma con la que el lector las recoge y las rearma. No es necesario verlo así; yo mismo fluctúo entre esta visión —que me parece más bien ingenua porque obliga a pensar en dos traducciones que dudo mucho que un niño que aprende la lengua pueda siquiera plantear—, y la bella visión que propugnara en su momento el ensayista colombiano Estanislao Zuleta: cada texto tiene una clave que el lector debe resolver. Escribir también

la tendrá. A pesar de lo mucho que deploro los caminos medios, quizá sean lo que más se acerque a la realidad: la construcción de un texto es un ejercicio de traducción complejo y el asentamiento de un código indecifrabable, al tiempo que es una tarea altamente estructurada y personal.

Los puristas de los años setenta vieron en ello una especie de revelación cuasi-sacra de la creación. Siguiendo la tradición humanista, el escritor era más que el científico, que el ingeniero, que la gente del común. Los jóvenes que acá escriben poco comparten ese estigma. Son escritores sin más; el reclamo de una intelectualidad pretenciosa y dramática les es ajena. De hecho, son escritores muy rápido en su propia conciencia, antes que en la del público lector. Quizá el reto debe ser para nosotros que creemos que una posición, un oficio y un lugar se conquistan con tareas escabrosas, extenuantes, para las que no basta una vida. Los jóvenes que acá escriben no han sido forjados por ese hierro del tiempo y del sacrificio; ningún nuevo escritor lo es. Su manera de razonar es intrincada y distinta a la que conozco; no se preguntan si es natural que los homosexuales lo sean, demos por caso, si su condición es la de la crianza o la del innatismo, sino por qué hay tantos que no captan la naturalidad de su condición.

Estos textos nos recuerdan que es tiempo de pasar la página de la alabanza del sexo como algo “natural”, a describir lo que se hace bajo la liberalidad sexual aceptada y convertida en un componente de la vida; la droga no es ya un debate, sino la descripción de una noche de rumba... y así la cárcel, la locura, la embriaguez, la feminidad y la masculinidad. Todos son elementos en curso, rastros perseguidos, no exploraciones o tentativas. Si quisiera sonar dramáticamente posmoderno, diría que el mundo de los escritores que acá se ensayan es uno de pos-posibilidades, un momento en la historia en el que como en tantos otros, hacemos valores de las ilusiones muertas del pasado. Si es posible cierta deferencia con la radicalidad de estos tiempos, es porque todo otro camino de lucha parece agotado. Se trata de un mundo de guerras libradas, de sueños fracasados, de la posteridad de la decepción. Pero si algo bueno tienen los pos-mundos es que en ellos todo es lo que es; nada permanece en la penumbra y en el engaño ominoso posterior del medio día, como diría Nietzsche.

No ha de extrañar entonces que las luchas que esta nueva generación de escritores debe librar sean distintas a las de quienes llevamos más de veinte años escribiendo: el sentir que viven en un infinito en el cual todo ha sido inventado, al tiempo que la tradición clásica les es prácticamente desconocida; crear en un mundo en el que el ejercicio literario se valora tanto como el de saberse pintar las uñas. Todo acto de creación lo han extraído de sí mismo, motivo por el cual los procesos internos, el testimonio de vida asume el máximo interés. Su signo, el de estos escritores, es el acomodo y no la lucha o la rebeldía; el de la flexibilidad sin poner a prueba los contornos.

O debo decir, *uno* de sus signos es la flexibilidad. El otro es una convicción inamovible y generalizada de que lo que hago acá no se puede hacer: generalizar, meter en el mismo paquete a un grupo de personas. Contra mis convicciones de que todos somos más similares de lo que quisiéramos, estos escritores me desafiaron con las viñetas de la individualidad... no sé con qué tanto éxito. El consejo de no generalizar suena indefectiblemente sensato. Pero a menudo se olvida todo lo que se va con la expulsión de los demonios; por lo general, los mismos ángeles. Así, estas miradas suelen ser resistentes a la preponderancia de los símbolos que el escritor encuentra entretejidos con lo real, a las sutilezas que sin duda muchos interpretan como una sobre-interpretación.

Pero quizá lo que se deba hacer acá es preguntarse si en realidad son estos universales atemporales de la creación literaria. Algunos elementos de la escritura me parecen sin embargo inamovibles. La idea que mencionaba del texto como un conjunto estructurado es, a mi modo de ver, la vertiente misma de donde emana la producción literaria. En ello aún develo al viejo lógico que llevo adentro. De hecho, la expresión se queda corta: un texto preciso es algo a lo que no le falta ni le sobra. Hay una extraña forma en que lo sabemos; el texto fluye, ha sido sacado entero de la pieza de granito que lo contenía, que en este caso es el todo del lenguaje, de un solo envión, como Miguel Ángel decía de sus esculturas; *yo simplemente quito lo que sobra*. No me cabe duda de que todos los participantes sintieron como propia esta lucha por la naturalidad de la expresión. Muchos comprendieron que como el aprendiz de un oficio milenario, hay que entrenarse para que nos

podamos poner en el tipo de estado en el cual las letras fluyen y el texto pareciera dictado. Lo común, sin embargo, suele ser lo contrario: el exasperante trabajo del albañil que se desgasta poniendo aquí, quitando allá, sopesando el centro de gravedad de la pieza en cada edición. En esto, me atrevo a decir que la escritura no ha cambiado. Y de hecho, gran parte del trabajo que concluyó en estos textos fue el poco interesante repetir de un estribillo, como quien practica para un concierto, que muchos encontraron decepcionante y atrozmente mecánico.

Otro inamovible fue la disciplina de anteponer al lector por encima de todos los caprichos de la creación: el lector y no la persona que escribe, como lo recordaría Sartre, es el actor central de la literatura. Esta es un extraño trompo que sólo existe en movimiento, siempre y cuando nos mantengamos leyendo. Una de las primeras cosas que le pregunto a los estudiantes de cualquier taller literario es qué leen, porque uno de las ponderaciones que el escritor ha de hacer de sí mismo es la de su dimensión de lector. ¿Cómo más será el primer evaluador de sus propios escritos? Aparte de estos elementos de rigor, he sido cuidadoso en no imprimir demasiado mis perspectivas sobre el trabajo con el temor de que al final, en una ridícula parodia egomaniaca, lo que emergiera frente a mi cara fuera mi propio rostro.

Mis temores fueron infundados porque no siempre mis señalamientos fueron escuchados. Y debo decir, a menudo para bien. Algunas de las pequeñas piezas nacían de la alegría de escribir, de una actitud que aunque infundada literariamente era autónoma y real. Fue con los días que vi en ello una virtud; lo que el lector tiene en frente es una manifestación de las primeras expresiones de una novísima generación de escritores, con sus virtudes y sus defectos, con sus vicios y su mirada.

— Roberto Palacio

VERBORREAS INCURABLES



El primero de los seis textos de esta sección es el de Daniela Cubillos, que toma su título de la frase de la emblemática actriz porno colombiana Esperanza Gómez. Su tema, en últimas, es la relación de la pornografía con el espectáculo. La pieza de Daniela Cubillos se centra en ese absurdo: en la pornografía uno puede adelantar lo que le aburre y encuadrar los genitales. Óigase el sinsentido: adelantar la pornografía, como si el hecho de estar sentado viendo porno no delatara los océanos de tiempo libre que uno tiene. Encuadrar los genitales de otros que nunca verá o tocará. El deseo toma la forma del absurdo en un mundo de sucedáneos. Pero al fin y al cabo el sexo quizá sea eso, el absurdo, la noción hipertrófica que se da sólo en sueños. En el texto de Daniela, la hiperrealidad de la pornografía no se critica, se constata y se construye, surge de un nuevo modelo de la mujer al que es factible aspirar por parte tanto de las universitarias como de las amas de casa: la actriz porno. ¡Jueputa, qué rico! confirma a través de esta simple sentencia que no hay una arbitraje que separe a la actriz porno de la mujer común.